

rales españoles caminaban á marchas forzadas hacia Guadalajara : había llegado la hora de entrar en campaña. Marché, pues, á reunirme con mi compañía á Guadalajara, y tomé parte, pocos días después de mi llegada, en la batalla del puente de Calderón, en donde las masas indisciplinadas del ejército de Hidalgo se estrellaron contra seis mil españoles. Después de la derrota, la propia *Hacienda del Salto* fué la que me ofreció un refugio. Los restos del ejército insurgente se habían retirado al Saltillo. No se podía, pues, permanecer en las inmediaciones de Guadalajara. Los ochenta hombres de Albino fueron á incorporarse á los diversos destacamentos reunidos en el Saltillo. Entre la *Hacienda del Salto* y aquella población, se estableció desde entonces un sistema de correspondencia que me tuvo al corriente de los últimos sucesos de la guerra. Así fué como supe que Hidalgo, Abasolo y Allende habían abdicado el poder y se habían puesto en camino para Monclova, desde donde debían dirigirse al territorio de los Estados Unidos. Entonces resolví proseguir la campaña con los restos de mi compañía. Queríamos á cualquier precio eternizar la guerra, no obstante la terrible derrota de Calderón, y en pocos días nos hallamos reunidos algunos de mis valientes compañeros, que nos colocaron á Albino y á mí á la

cabeza, en un campamento situado á poca distancia de una casa de campo perteneciente al gobernador de la provincia de Coahuila. Durante las últimas jornadas de una guerra prematuramente comenzada, pasó el segundo episodio que me hizo conocer, bajo un nuevo aspecto, las revoluciones, cuyos horrores había creído descubrir hacía un mes.

II

La noche del mismo día en que nos llegó la triste noticia de la partida de nuestros jefes para Monclova, nos hallábamos en nuestras tiendas, decididos á vender nuestras vidas. Como todo el país estaba por nosotros, á excepción de algunos lugares, cuyos habitantes se hallaban contenidos por la presencia de algunos destacamentos españoles, verificábamos nuestras correrías sin gran riesgo, procurando no obstante tomar las mayores precauciones para evitar las sorpresas. Á considerable distancia de las fagotas que encendíamos de trecho en trecho, vigilaban nuestros centinelas los

alrededores de nuestro campamento. Enfrente de una de aquellas hogueras, conversábamos, Albino y yo, de la próxima partida de los jefes de la insurrección, y deliberábamos sobre el partido que debíamos tomar, cuando uno de nuestros soldados llegó á sentarse á nuestro lado. Era un anciano mestizo, muy vigoroso á pesar de sus cabellos blancos, y que á la agilidad de un joven, reunía la experiencia de un viejo. Aquel hombre, á quien se daba el significativo sobrenombre de *Vista doble*, parecía en efecto dotado de segunda vista. Ninguna huella marcada en la arena se le escapaba, y ninguna pista perdía; parecía que los más ocultos pensamientos tomaban cuerpo ante su milagrosa penetración. Un hecho, que creo debo referir á ustedes, había establecido sobre las bases más sólidas aquella reputación de *adivinator*, de que con justicia se vanagloriaba el anciano *Vista doble*.

Era un cazador intrépido, y como deben ustedes suponer, raras veces eran infructuosas sus excursiones. Antes de formar parte de nuestra compañía, *Vista doble* vivía siempre solo. Con excepción de algún viajero extraviado, que de cuando en cuando llegaba á pedirle asilo por una noche, nadie ponía un pie en la cabaña que había construido en el desierto. ¿Qué hacía

en los intervalos de sus correrías? Eso es precisamente lo que todo el mundo ignoraba. Un día que se hallaba ausente, le robaron un cuarto de venado, que había colocado en una estaca á la puerta de su cabaña, para que se ablandase con el rocío de la noche. Vista doble comenzó á buscar al ladrón, que Dios solamente había podido ver. Después de haber observado cuidadosamente el terreno alrededor de la estaca, se puso en marcha; anduvo por largo tiempo, al fin Vista doble encontró dos individuos á caballo, y les preguntó si no habían visto á un hombre blanco, ya viejo, de corta estatura, que llevaba una carabina pequeña, é iba acompañado de un perrillo sin cola. Al oír la respuesta afirmativa de uno de ellos, de que efectivamente habían encontrado á la persona que designaba con tanta exactitud, Vista doble les dijo que era un pícaro, que le había robado un cuarto de venado, y que si lo hubiera visto ejecutar aquella acción, lo habría castigado fuertemente.

— Pero si no lo sorprendió usted en flagrante delito, dijo uno de los de á caballo, ¿cómo da usted una filiación tan exacta?

— Escúcheme usted, contestó el mestizo, y se convencerá de que no me engaño. Sé que el hombre es

de corta estatura, porque para descolgar el cuarto de ciervo que estaba colocado al alcance de la mano de un hombre de una estatura ordinaria, se vió obligado á subirse á unas piedras que encontré amontonadas en el lugar en que se hallaba clavada la estaca. Sé que es blanco, porque ví en la huella de sus pies, marcada entre las hojas secas, que marcha con pies torcidos hacia afuera, de la manera opuesta al modo en que lo verifican los indios. Conozco que es viejo, por sus pasos desiguales y pequeños. Adiviné que su carabina era pequeña, porque encontré en la corteza blanca de un abedul tierno, la señal del cañón de su arma que apoyó contra el tronco, para tener sus dos manos libres. La señal de las patas de su perro anunciaba evidentemente el tamaño del animal, y en fin, de la marca que dejó en el lugar en que estuvo sentado, mientras su amo descolgaba mi carne, concluí que el perro no tenía cola.

En seguida el mestizo prosiguió su camino, dejando á los dos de á caballo maravillados de su extraordinaria sagacidad.

La noche á que me refiero, Vista doble llegó, como les he dicho á ustedes, á mezclarse en nuestra conversación, cerca de la hoguera, enfrente de la cual

nos hallábamos sentados, Albino y yo. El mestizo se encontraba tan sombrío y taciturno como de costumbre; pero parecía inquieto, como lo está un perro de caza al conocer por su olfato que se halla próxima alguna bestia feroz.

— ¿Qué tiene usted, amigo? le preguntó el contrabandista. ¿Descubre usted por el olor alguna pista? ¿Acaso se hallan cerca los *tamarindos*?

— No, contestó el viejo. Acabo de explorar los cuatro vientos; los tamarindos se hallan muy lejos de aquí, y la tierra no produce el menor ruido, ni el viento silba; pero no sé por qué estoy inquieto, y creo que la traición nos rodea.

Yo fingí reirme de las aprensiones del anciano mestizo, pero Albino se puso serio. Había descubierto con anterioridad que alguna cosa sobrenatural había en la penetración del viejo.

— No se ría usted de las predicciones de Vista doble, dijo Albino, y puesto que habla de traición, debemos velar cuidadosamente por nuestra seguridad.

En el momento en que Albino pronunciaba estas palabras, uno de los centinelas avanzados que habíamos colocado en el bosque, nos trajo á un indio que quería burlar nuestra vigilancia. Aquel indio no lle-

vaba más arma que un bastón nudoso, que le servía para abrirse camino entre los bejucos. Le pregunté de dónde venía y adónde iba; pero el indio no comprendía el español, porque sólo respondió á mis preguntas con sonidos guturales é ininteligibles. Vista doble no lo perdía de vista un solo momento, y contestó al indio en su idioma. Se me había olvidado decirles á ustedes que el mestizo hablaba corrientemente todos los dialectos unidos en la provincia de Coahuila.

— ¿Qué dice el indio? pregunté al viejo.

— Que se dirigía á su pueblo, y que tuvo miedo de que lo despojasen los insurgentes de una corta cantidad que lleva. Esa es la causa que lo ha decidido á tratar de pasar sin ser visto. Eso es lo que dice, pero seguramente no es lo que piensa. Otro motivo, sin duda, es el que tiene.

El mestizo fijó de nuevo sus ojos de basilisco en el indio, que sostuvo imperturbablemente el examen. Después de un momento de silencio, el viejo prosiguió su interrogatorio. No comprendíamos ni una palabra, y mirábamos aquellos dos hombres, que á la luz de nuestra hoguera parecían dos estatuas de bronce enrojecidas al fuego. Repentinamente Vista doble, que-

riendo levantarse, vaciló y alargó vivamente la mano hacia el garrote en que se apoyaba el indio; pero no tuvo tiempo para apoderarse de aquel débil apoyo, porque el indio hizo un repentino movimiento hacia atrás.

— Creo que este hombre no miente, dijo con la mayor calma el viejo, enderezando su talle. Voy á hacerle la última pregunta, y lo dejaré que continúe su camino.

El indio pareció no comprender, porque permaneció impasible, cuando repentinamente el mestizo le arrancó con violencia el bastón. El indio se estremeció: Vista doble se sonrió con satisfacción.

— El secreto del indio está en este garrote, dijo, porque de otra manera, cuando fingí que me tropezaba y extendí la mano hacia el garrote para detenerme, no hubiera hecho un movimiento de espanto y retrocedido.

Y el viejo apoyó el bastón en la rodilla y lo hizo pedazos, saliendo un papel de uno de éstos. Vista doble lo recogió, lo desdobló, y lo vió á la luz del fuego; en seguida me entregó el papel, haciendo un gesto desdeñoso. Lo mismo que Vista doble, lo volví varias veces entre los dedos, y se lo pasé á Albino, quien lo

vió contra el fuego, como había hecho el viejo, sin poder descifrar unos signos tan ininteligibles para él como para mí. De los doscientos hombres que estábamos allí, no se encontró uno solo que pudiese comprender el contenido de la carta interceptada.

— Interrogue usted al indio, dijo Albino á Vista doble, y hágale comprender que morirá si no nos revela el sentido de este despacho.

— ¿Entiendes? dijo el mestizo dirigiéndose al mensajero indio, y repitiendo la orden del *guerrillero*. Pero aquél no sabía más que nosotros, y ni súplicas, ni amenazas pudieron arrancarle más que estas palabras: ¡Elizondo! ¡Elizondo!

Diósele la libertad, y se alejó lentamente del círculo de la luz. Nosotros nos hallábamos tan instruídos como antes. Después de la partida del indio, enviamos al mestizo con orden á nuestros centinelas para que redoblasen su vigilancia, y nos condujesen á cualquiera individuo á quien sorprendiesen en las inmediaciones del campamento. La inquietud del viejo quedó tan justificada por el hallazgo de aquel misterioso mensaje que nos hallábamos alarmados. Además, esperábamos que la casualidad haría caer en nuestras manos algún viajero capaz de leernos el despacho que habíamos

quitado al indio. Vista doble no tardó en llegar, después de haber ejecutado su comisión.

— ¿Qué piensa usted de todo esto?... pregunté al mestizo.

— Cuando se ve al piloto, el tiburón no está lejos, respondió sentenciosamente el viejo.

Extendímonos en nuestras capas delante del fuego. Sólo, el mestizo permaneció inmóvil y sentado, tan pronto con la cabeza apoyada en las rodillas, como con su vista clavada en el cielo, y sumergido en una profunda meditación, ó bien pareciendo escuchar ruidos, que no llegaban hasta nuestros oídos. Lo examiné por algunos momentos á la luz de la hoguera que enrojecía sus largos cabellos blancos, y parecía sacar chispas de sus negros ojos. Poco después cesé de verle, porque dormía yo profundamente.

La luz no debía dilatar mucho, cuando desperté al grito del *¿quién vive?*... que repetían los centinelas. Inmediatamente me senté; Albino dormía aún; en cuanto á Vista doble, se hallaba en la misma posición en que lo había yo dejado. Desperté al contrabandista y arrojé algunas ramas á la hoguera para reanimarla. Pocos momentos después, dos de nuestros soldados condujeron á nuestro campo á un hombre á caballo.

El jinete descubría en su rostro una viva mortificación y espanto. Iba cubierto con una manga azul.

— ¿Qué es esto, señores? decía: ¿estoy entre amigos ó entre enemigos? ¿y con qué derecho detienen ustedes á los oficiales del ejército independiente?

— Con el derecho que tenemos para indagar, si son amigos ó enemigos, los que se acercan de noche á nuestros vivaques, contestó Albino; además, nos convenría mucho hallar un cristiano que supiera leer ó escribir, ó leer solamente, para que nos hiciese un servicio, y si usted es oficial, como dice, podría tal vez...

Albino registraba sus bolsillos, para sacar el papel que había llegado á nuestro poder de una manera tan extraña. Entretanto, veía yo atentamente la fisonomía del mestizo; éste, á su turno, fijaba sus ojos escrutadores en el de á caballo. Seguramente el examen no fué muy favorable, porque detuvo el brazo de Albino, que iba á poner el papel en manos del desconocido.

— Esto me huele á traición, dijo en voz baja, pero no tanto que no los escuchase el desconocido.

— ¿Desde cuándo, pícaro, exclamó furioso el caballero, merece el teniente coronel Elizondo, ser ultrajado tan groseramente?

Y abriendo con violencia su capa, nos mostró en su uniforme las insignias de su grado. Recordamos en aquel momento el nombre del autor de la sublevación de las provincias de Coahuila y del Nuevo Santander, y sin comunicar al coronel el despacho interceptado, le suplicamos admitiese nuestras excusas, sintiendo la medida que con él se había tomado, atendidas las necesidades de la guerra. El oficial recibió aquellas excusas con altanería; lanzó una colérica mirada al mestizo, dió un cuartazo á su caballo y desapareció.

Cuando desapareció, Vista doble tomó una rama inflamada, á cuya luz inspeccionó atentamente la configuración de las patas del caballo, en las huellas que había dejado en la tierra; midió con unas ramitas verdes el largo y ancho que tenían, y guardó las ramas en su bolsillo. En seguida, hablando consigo mismo: ¡Elizondo!; el indio! dijo; el tiburón y el piloto. Y dirigiéndose á Albino:

— Señor capitán, añadió, si quiere usted creerme, es preciso montar á caballo al momento y marchar al Saltillo, en donde encontrará usted alguna persona que pueda leer el papel que encerraba el garrote del indio; pero no se fie usted del primero que se le presente; en seguida puede usted obrar según la revelación que le haya hecho el papel.

El antiguo contrabandista no acostumbraba discutir los consejos de aquel viejo original. Dió orden de que le ensillasen su caballo; pero en el momento de partir, uno de nuestros exploradores llegó violentamente á avisarnos que un rico convoy de mercancías y dinero se acercaba á nuestras avanzadas. Aquella noticia nos hizo olvidar todo, y hasta los ocho días de aquel encuentro, fué Albino al Saltillo con objeto de indagar el contenido de la carta interceptada. Volvió á nuestro campo con la seguridad de que hacía cinco días que nuestros jefes habían marchado para Monclova.

— Vista doble no se engañó, nos dijo: el despacho del teniente coronel Elizondo, me lo leyó un sacerdote amigo de Hidalgo, á quien revelé el caso en el confesionario; contenía lo siguiente:

« Están tomadas todas mis medidas; me reuniré dentro de dos días con los doscientos hombres de usted, en las *cisternas* de Baján; no se nos escaparán ninguno de los jefes de la insurrección. »

— ¡Ah! interrumpió el mestizo, ¿por qué no fusilaríamos á aquel traidor? porque no hay duda que lo era el desconocido; ¿y Baján está muy cerca de Monclova?

— El sacerdote me dijo que ya se habían mandado avisos al general Abasolo sobre la traición que contra él meditaba Elizondo, creyéndose ultrajado por no haber sido nombrado teniente general; pero con su grandeza de alma acostumbrada, Abasolo no quiso creer semejante cobardía. La carta iba dirigida al gobernador Ochoa, cuya casa de campo está cerca de este lugar. Estó me explica la presencia del coronel, inquieto por no haber recibido respuesta á su mensaje.

— ¿Qué debemos hacer? preguntó á Vista doble.

— En este momento Elizondo tiene cinco días de ventaja y ha de caminar á marchas forzadas; mi opinión es que marchemos sin tardanza; tal vez será tiempo de prevenir á los jefes fugitivos. ¿Cuántos hombres llevan de escolta?

— Mil, poco más ó menos, contestó Albino.

— ¡Entonces, marchemos! exclamé, y dando aviso á la escolta, no serán de temer los doscientos hombres.